

**LA LECCION DEL DESARME:
DEL DESARME TOTAL A LAS IMPLICACIONES
DEL EQUILIBRIO NUCLEAR**

I.—Actualidad del tema.

Desde los viejos tiempos de la Sociedad de las Naciones¹ son millones las palabras que se han dicho o escrito acerca de la cuestión del desarme. Conferencias y conferencias han visto el desfile—a veces, simultáneo—de esperanzas sinceras, planes prácticos, ilusiones absurdas y maquiavelismos estatales.

Hoy, como ha consignado Thomas K. Finleter, *el desarme está de nuevo a la orden del día.*

Hay abundantes razones para ello.

Por un lado, téngase presente la progresión en la *evolución de la técnica del horror*. Se ha calculado que para la destrucción de toda la población de Francia hubieran sido necesarios cien millones de bombas clásicas de una tonelada; que para el mismo efecto hubieran bastado seis mil bombas atómicas del tipo *Horoshima*; que en el presente son suficientes quince bombas termonucleares.

Por otro lado, piénsese en las necesidades del mundo no desarrollado y subalimentado o en las zonas subdesenvueltas de numerosos Estados. Una escuadra de *bombarderos* permitiría la reforma de todos los escalones de la enseñanza francesa.

* * *

¹ Para el período de la Sociedad de las Naciones, nos permitimos señalar la existencia de estos documentos de las Naciones Unidas: A/AC.50/2, *Exposé historique des travaux de la Société des Nations dans la domaine du désarmement* (1920-1937); A/AC.50/2/Add.1; y A/AC.50/3. Publicados en 1951 y reseñados por nosotros en la "Revista Española de Derecho Internacional", hace unos años.

Claro es que la *instancia* internacional—en lo que vale, la O. N. U.—no impone obligación a los Estados para que desarmen o reduzcan sus armamentos. Verdaderamente, el lenguaje empleado por la Carta, a este respecto, es menos preciso y específico que el usado en el artículo octavo del Pacto de la Sociedad de las Naciones, por el cual los miembros de la Sociedad reconocían que «el mantenimiento de la paz exige la reducción de los armamentos nacionales al *mínimum* compatible con la seguridad nacional y con la ejecución de las obligaciones internacionales impuestas por una acción común».

Una fórmula tan categórica no existe en la Carta, a pesar de los artículos 11 y 26. Y vemos cómo en éste se habla de «un sistema de regulación de los armamentos»².

Y lo evidente es que la fase de la posguerra marca—a mi parecer—una bien definida trayectoria en el problema de la regulación de los armamentos. Ningún tema mejor que él para plasmar, con multiplicidad de matices, los factores, las tendencias, las vacilaciones, las indecisiones y las opuestas inspiraciones que han movido a los diversos actores de la trama de la *guerra fría*. Reflejar adecuadamente todo el fondo del asunto exigiría un nutrido volumen.

De ahí que, ante esa insoslayable realidad, nos veamos obligados a sacrificar toda la documentación recogida en torno a una decena de años. Queda para otro lugar. El espacio otorgado a todo nuestro trabajo resultaría ampliamente rebasado sólo con trazar sobriamente los rasgos-clave de esta tupida cuestión en el período 1946-1956.

Ahora bien: cabe insinuar algún elemento de la orientación operada, volviendo la mirada al significado del alubramiento de una serie de *organismos del desarme*: *Comisión de energía atómica*—compuesta por uno de los Estados miembros del Consejo de Seguridad y por un representante del Canadá—, creada por las Naciones Unidas el 24 de enero de 1946; *Comisión de los armamentos de tipo clásico*, establecida por el Consejo de Seguridad y en aplicación del texto de la resolución de 14 de diciembre de 1946; *Comisión de Desarme*, nacida de una resolución de la Asamblea de la O. N. U. de 11 de enero de 1952, para la reglamentación, la limitación y la reducción equilibrada de todas las fuerzas ar-

² Vid. más detalles acerca de este extremo, que sale de la órbita del presente estudio, en Benjamín V. Cohen, *Disarmament and International Law*, "The Department of State Bulletin", 26 mayo 1952, p. 834.

mas y de todos los armamentos y el control internacional de la energía atómica; *Subcomité del Desarme*, estructurado por la Comisión, con representación del Canadá, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña y la U. R. S. S.—el *Subcomité de los cinco*³.

Ello revela inmediatamente que tales dispositivos han sido configurados y dispuestos para la realización o el cumplimiento de ciertas funciones. Lo cierto es que su intervención no ha modificado en lo más mínimo la consistencia *esencial* de la realidad interestatal.

Pero, sentado inequívocamente esto, se nos plantea el problema de la formulación del punto de partida de nuestro análisis⁴. Frente al escollo de la extensión del estudio, hemos decidido partir de un tiempo sintomático: la última parte de 1956. Una razón nos ha impelido a elegir tales momentos: las ramificaciones de los acontecimientos internacionales experimentados en esa época—Suez y Hungría—señalan transparentemente el fin del mundo posbélico—a juicio de los observadores de la escena mundial—y han penetrado en no pocas texturas de proyección universal.

Una referencia preliminar.

Resumiendo, el proceso del desarme ha conocido tres estadios claramente delimitados:

1.º *Del desarme total y obligatorio.*—Por una serie de conferencias, de acciones diplomáticas y de declaraciones de principio, el Gobierno estadounidense—por citar a uno de los *supergrandes*—se consagraba a

³ Para mayores pormenores que los consignados en el texto, consúltese, con especial fruto, J. de Soto, *L'évolution de la question du désarmement*, "Annuaire Français de Droit International", I, 1955, ps. 348-358; y véase la serie de "International Conciliation" dedicada a las sesiones de la Asamblea General de la O. N. U.; las revistas "Commonwealth Survey" y "The Department of State Bulletin"; algunas publicaciones de la "Documentation Française" y de las Naciones Unidas, etc.

⁴ De antemano reconocemos que no podemos abrigar la pretensión de un estudio acabado, completo, de todos los perfiles que el tema plantea. Nos movemos dentro de las limitaciones naturales que la costumbre señala a esta clase de trabajos. Creemos que así lo comprenderá el lector—con todo lo que ello supone—. También confiamos en que el lector suplirá con el máximo acierto aquellas faltas de sistematización que, en aras de una mejor articulación y comprensión del tema, nos ha parecido imprescindible introducir en el enfoque de este complejo asunto. Por ejemplo, el llevar una buena porción de la cuestión de las experiencias nucleares a una sección *específica*.

arribar a decisiones que hubieran equivalido en la práctica a la aplicación de un desarme total en todas las armas, fuesen o no automáticas, en un sistema sin falla cuya responsabilidad hubiera incumbido a una fuerza armada de las Naciones Unidas. Desde luego, tal política no se expresó en estos términos, pero se hallaba contenida en el sentido de diferentes actos y actitudes (singularmente, en la Declaración atómica de noviembre de 1945, firmada por el Presidente de los Estados Unidos y los primeros ministros del Canadá y del Reino Unido; en el Acuerdo de Moscú de diciembre de 1945; en la resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas en enero de 1946, instituyendo la Comisión de energía atómica; en el *informe Acheson-Lilienthal*, de la primavera de 1946, proponiendo una Autoridad mundial para la energía atómica, dotada de extensos poderes, y en el discurso de Baruch ante la Comisión de energía atómica, el 14 de junio de 1946. De poco sirvieron el discurso de Truman ante la Asamblea General de las N. U., en octubre de 1950, y su llamamiento al pueblo americano en noviembre del siguiente año.

2.º *Del método progresivo.*—Con el nombramiento de Stassen como adjunto especial del Presidente norteamericano, en estas materias, se abordaba la cuestión bajo un ángulo nuevo. Su idea esencial era que, siendo un desarme total una dosis demasiado fuerte para ser absorbida en un solo golpe, valía más buscar primeramente un acuerdo limitado que no pretendiera resolver el problema de la supresión de la guerra, pero que al menos permitiera a los campos rivales una cierta discusión, para avanzar paulatinamente. La intención era buena. Mas no se concretó en la práctica. El fracaso de la Conferencia de Londres del verano de 1957, revelaba el término de un largo lapso.

3.º *Del lanzamiento de los «sputniks».*—Téngase en cuenta que, siguiendo a Finletter, *la importancia de éstos no es científica, sino política.*

II. *Entre la XI sesión de la Asamblea de las N. U. y el espíritu del «alto nivel».*

Durante la XI Asamblea General de la O. N. U., la primera Comisión dirigía su atención de modo principal sobre dos puntos esenciales: la necesidad de llegar a un acuerdo de principio, limitado, susceptible de

ser llevado a la práctica a corto plazo y la necesidad de limitar o de proscribir las pruebas de armas nucleares.

El interés sobre el primer extremo se evidenciaba en torno a las proposiciones hechas por la U. R. S. S. el 17 de noviembre de 1956 y por los Estados Unidos el 14 de enero de 1957.

Las propuestas rusas, presentadas en el curso de las crisis de Suez y de Hungría, indicaban una voluntad de tratar sobre una base de mayor amplitud que hasta entonces. Resumiendo: la Unión Soviética ofrecía la reducción de las fuerzas armadas de la Europa del Este y del Oeste, con inspecciones aéreas—como medio de control—, a cambio del desmantelamiento del sistema de bases avanzadas de los Estados Unidos. Además de la demanda directa del abandono de esas bases, Moscú proponía que en la segunda fase del desarme las fuerzas armadas fueren reducidas a un nivel situado entre 1.000.000 y 1.500.000 hombres en cada una de las grandes potencias (los Estados Unidos, Rusia y China) y a 65.000 en Francia y Gran Bretaña. Respecto a nuestro Continente, Rusia proponía una reducción inmediata de un tercio de los efectivos armados estacionados en Alemania por Francia, U. R. S. S., Inglaterra y Estados Unidos, así como una reducción considerable de los elementos armados soviéticos destacados en los países del Tratado de Varsovia y de las fuerzas de Francia, del Reino Unido y de Norteamérica asentadas en las naciones de la O. T. A. N. (Desde el punto de vista occidental, ello hacía presagiar la posibilidad de una retirada definitiva de los efectivos *extraños* en Europa y una zapa profunda a los cimientos de la N. A. T. O.)

Ahora bien: junto a todo eso, se acepta un control internacional estricto y eficaz para la supervisión de las obligaciones de desarme, por medio de puestos terrestres de control en los grandes puertos, en las encrucijadas ferroviarias, en las carreteras importantes y en los aeródromos; y—la faceta de mayor relieve—se manifestaba por vez primera un deseo de examinar «la cuestión del empleo de las fotografías aéreas» en la región de Europa donde están situadas las principales fuerzas armadas del bloque del Atlántico y de los países signatarios del Tratado de Varsovia—o sea en una profundidad de 800 kilómetros al este y al oeste de la línea que separa a los elementos arriba indicados.

Los estadounidenses sugerían que las reducciones de efectivos se llevasen a cabo «por el establecimiento progresivo de un sistema eficaz de inspección, simultáneo a estas reducciones». Paralelamente a la inspección aérea complementaria, Washington se mostraba dispuesto a acep-

tar en principio el establecimiento de observadores terrestres en ciertos puestos-clave. La proposición hecha por Eisenhower acerca de una entera *franquicia* aérea podría aplicarse «bien como medida inicial, bien ulteriormente». Cualquiera que fuese el orden de marcha aceptado, el sistema de inspección debía *prevenir* «contra un ataque en masa por sorpresa y reducir, de esta manera, el peligro de un conflicto generalizado».

* * *

Con el precedente de tal ambiente, el Subcomité del Desarme se reunía en Londres en marzo de 1957. Como ha escrito una publicación de la Dotación Carnegie, «una atmósfera de trabajo, al abrigo de las manifestaciones de propaganda, permitió la adopción inmediata del orden del día y facilitó en los dos campos una voluntad—cuando menos, aparente—de entregarse a una discusión seria, lo que engendró un optimismo prudente o moderado», por más que se avanzase paso a paso.

A principios de abril de 1957, los Estados Unidos proponían una disminución de armamentos no nucleares en dos etapas: una reducción inicial del 10 por 100, una segunda del 15. Moscú sugería una disminución del 15 por 100 desde el primer momento (en una propuesta del 30 de abril).

Y una circunstancia significativa es que en esta época las posiciones de los dos *colosos* se iban acercando.

Del lado estadounidense, vemos cómo Washington se aproximaba a la postura soviética preconizadora de un nivel de 1.000.000 a 1.500.000 hombres. Harold Stassen proponía el 20 de junio dos nuevas reducciones: primero, 2.100.000; después, 1.700.000. Parejamente, era *endulzada* la condición previa para el paso a la segunda fase. En lugar de exigir un acuerdo preliminar sobre las cuestiones políticas pendientes con arreglo—comprendida la reunificación de Alemania—, Norteamérica sólo hacía alusión a un mejoramiento futuro de la situación política. Si bien este nuevo aspecto venía ligado a la aceptación de «disposiciones apropiadas» contenidas en la propuesta estadounidense acerca de la suspensión de las pruebas nucleares.

El 19 de julio, el representante soviético anunciaba que su país aprobaba los niveles de 2.100.000 y de 1.700.000 hombres, si éstos eran previstos en la primera etapa del acuerdo sobre el desarme y si se abandonaban las condiciones previas referentes a la situación política.

* * *

Con relación a la suspensión de las pruebas nucleares, citemos las proposiciones occidentales hechas en la reunión del Subcomité el 21 de agosto, por las delegaciones del Canadá, de Estados Unidos, de Francia y del Reino Unido: suspensión por un período de doce meses, siempre que se llegase a un acuerdo acerca de la instalación y mantenimiento de los controles necesarios para verificarla (puestos de inspección en los territorios de la U. R. S. S., del Reino Unido y de los Estados Unidos, en el área del Pacífico y en otros lugares que pudiera ser necesario, con el consentimiento de los Gobiernos interesados; y un grupo de expertos que podrían ser llamados para manejar los detalles del sistema de inspección, etc.).

Las declaraciones rusas del 21 y del 27 de agosto eran negativas en extremo. Por este tiempo circuló la noticia de pruebas nucleares soviéticas.

El 29 de agosto las cuatro delegaciones del Oeste presentaban un *working paper* en el que se incluían varias propuestas emitidas en las sesiones del Subcomité. Tal documento constituía un detallado Plan para un acuerdo parcial de desarme: con restricción de las fuerzas armadas (Francia y Gran Bretaña: 750.000; Unión Soviética y Estados Unidos: 2.500.000; control de los materiales *fisibles*; suspensión de las pruebas nucleares; control de objetos entrando en el *espacio exterior*; inspección aérea y terrestre, como salvaguardia para un ataque por sorpresa, y establecimiento de una organización de control internacional. Una nota: *primero el control*. (Vid. su texto en *Commonwealth Survey*, 3 septiembre 1957, págs. 772-76).

Lo cierto es que la política soviética en torno al desarme se endurecía considerablemente. La atmósfera de las discusiones del Subcomité se deterioraba. El representante soviético rechazaba las proposiciones occidentales, como carentes de valor, y volvía a las primitivas posiciones de acuerdo bajo condición de retirada de tropas extranjeras y de eliminación de bases extranjeras. A la vez, el delegado ruso se negaba a la proposición occidental de que se reuniera el Subcomité antes de las discusiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Obsérvese una particularidad: tal actitud coincidía con el anuncio del éxito de la experimentación en Rusia de un proyectil balístico intercontinental.

* * *

Y, como una muestra de la complejidad y de la variedad de matices encuadrados dentro del marco del desarme, recogeremos los proyectos de resoluciones sometidos a la consideración del Comité Político de la Asamblea de la O. N. U., en la pasada sesión: I.—Proyecto de los veinticuatro, en el cual se incorporaban los principales puntos de las proposiciones occidentales del 29 de agosto. II.—Referente a la difusión de la información sobre los peligros de una continua carrera de armamentos (patrocinado por Bélgica). III.—Sobre suspensión de pruebas nucleares hasta la próxima sesión de la Asamblea (por Japón). IV.—Sobre ampliación de la Comisión de Desarme y de su Subcomité (por la India). V.—Referente a la creación de un Comité técnico y a la suspensión de los ensayos nucleares (por la India). VI.—Acerca de la creación de un Comité sobre otros aspectos del desarme (por la India). VII.—Relativo a la prioridad al cese de las pruebas nucleares (por Yugoslavia). VIII.—Referente a la suspensión de los ensayos nucleares por dos o tres años (por la U. R. S. S.) IX.—En torno a la prohibición del uso de armas nucleares por cinco años (por la Unión Soviética). X.—Concerniente a la terminación de la actividad de la Comisión y del Subcomité del Desarme y al establecimiento de una nueva Comisión formada por todos los miembros de las Naciones Unidas (por Rusia). Aparte de enmiendas a la resolución de las veinticuatro potencias: por Bolivia y otros Estados iberoamericanos respecto al uso del dinero ahorrado por el desarme con destino al desenvolvimiento económico y Pakistán, referente a la creación de Comités técnicos.

* * *

El ministro ruso de Asuntos Exteriores—Gromyko—declaraba el 10 de septiembre que las proposiciones occidentales «cerraban la puerta a la posibilidad de resolver el problema del desarme, como un todo o parcialmente». Y—aspecto sobremanera revelador—se mostraba hostil a la idea de la inspección aérea, que anteriormente había parecido encontrar la aquiescencia de los rusos.

Ya en plena XII Asamblea de las Naciones Unidas, Gromyko en su discurso en la iniciación del debate del Comité Político, esgrimía—el 10 de octubre—un Plan de seis puntos: 1.º Suspensión de pruebas nucleares. 2.º Un compromiso a no usar armas nucleares. 3.º Reducción de fuerzas estacionadas en Europa. 4.º Desmantelamiento de las bases extranje-

ras. 5.º Negativa a permitir el estacionamiento de armas nucleares fuera de los Estados productores de ellas. 6.º Establecimiento de puestos de control.

Realmente, las ideas lanzadas por el Oeste obtenían una amplia audiencia, con el consiguiente apoyo, en el seno de la O.N.U.

El 14 de noviembre, la Asamblea aprobaba las dos resoluciones recomendadas por el Comité Político: la proposición de los veinticuatro, en pro de una reanudación de las negociaciones en el Subcomité del Desarme sobre los fundamentos del Plan de seis puntos presentado por los cuatro miembros occidentales del Subcomité, y el proyecto belga en favor de una campaña de información para hacer conocer a la opinión pública mundial la necesidad de conseguir un acuerdo acerca del desarme (*aceptadas, respectivamente, por 57 a 9, con 15 abstenciones, y 71 a 9, con una abstención—en los dos casos, los nueve votos contrarios procedían del bloque comunista*).

El 19 de noviembre la Asamblea concluía las discusiones en torno al desarme, con la votación para aumentar el número de miembros de la Comisión de Desarme: de 14 a 25. La aprobación se llevaba a cabo por 60 votos favorables, 9 en contra (la urdimbre comunista) y 11 abstenciones. En consecuencia, la Comisión se compone en el año actual de los once miembros del Consejo de Seguridad, más Argentina, Australia, Bélgica, Birmania, Brasil, Checoslovaquia, Egipto, India, Italia, Méjico, Noruega, Polonia, Túnez y Yugoslavia.

Conviene precisar que antes de aprobarse tal resolución la Asamblea rechazaba una enmienda de Albania según la cual hubieran tenido que añadirse siete países—Austria, Bulgaria, Ceilán, Finlandia, Indonesia, Rumania y el Sudán—(por una votación de 19 contra 28 y 19 abstenciones). Tampoco se aceptaba una propuesta soviética favorable a una permanente Comisión de Desarme de 82 naciones (9 contra 46, con 24 abstenciones).

Y en el curso de las discusiones que precedieron a la votación, los representantes de la U. R. S. S., de Checoslovaquia y de Polonia advirtieron que, en la eventualidad de ser rechazada la enmienda albanesa, no participarían en el trabajo de la Comisión de Desarme.

La negativa rusa a tomar parte en la labor de esta Comisión se patentizaba en las palabras de Kuznetsov, el 4 de noviembre: «El Gobierno soviético considera que todos los intentos para usar el Subcomité del Desarme en un trabajo productivo han sido enteramente agotados. En estas circunstancias, el Gobierno soviético no encuentra sentido alguno en una

participación ulterior en el trabajo de la Comisión y del Subcomité del Desarme.»

Tónica que se manifestaba nuevamente en el desarrollo del debate del último día en el seno del Comité Político. El delegado soviético reiteraba la negativa de Moscú a participar en la labor de los órganos de desarme de la O. N. U. en su constitución presente.

Los occidentales—a través de la O. T. A. N.—han deplorado que la Unión Soviética haya conducido a un puerto muerto en las negociaciones sobre el desarme, con la declaración de intención de llevar el *boycott* a la Comisión de Desarme de la O. N. U. (véase el punto 10 del comunicado de los jefes de Gobierno de la O. T. A. N., de diciembre); y han manifestado su disposición a promover cualesquiera negociaciones con la U. R. S. S. encaminadas a la *implementation* de las proposiciones del Oeste y su preparación para examinar cualquier proposición, de la fuente que sea, para un desarme general o parcial, y toda proposición enderezada a conseguir un acuerdo sobre *la reducción controlada de armamentos de todos los tipos* (ídem, punto 16).

* * *

Y en nuestra hora, reconociéndose el *impasse* a que han arribado las discusiones en torno al desarme⁵, se entrevé su solución como una de las derivaciones de la aminoración de la tensión mundial.

Queda en pie, como piedra de toque de la confianza, una *Conferencia cumbre*. El asunto del desarme se conecta a ella. Nítidamente lo ha precisado la Agencia Tass, en su comunicado del 1.º de abril: «La U. R. S. S. siempre ha deseado resolver el problema del desarme y *ésta es una de las razones por las que ha propuesto una Conferencia cumbre.*»

Ante la lucha por el espacio y una guerra atómica y termonuclear, el Dr. Ho Chi Minh y Mr. Nehru se declaraban acordes—en un comunicado conjunto—sobre «una reunión de alto nivel para considerar los caminos y los medios de terminar con las pruebas nucleares, y para conseguir el desarme progresivo...»⁶.

⁵ Vid. el tercer párrafo del comunicado conjunto sobre las conversaciones entre el Rey del Afganistán y el Primer Ministro de la India (Nueva Delhi, 15 febrero), en "Indiagram", 17 febrero 1958.

⁶ V. "Indiagram", 15 febrero 1958.

Los Primeros Ministros de Rumania y de la India han considerado que la situación internacional actual presenta numerosos peligros que amenazan la paz y el progreso de la Humanidad. «Es, pues, indispensable, de una parte, abordar de una manera práctica, los problemas internacionales importantes como el desarme»; de otra, «eliminar la lamentable desconfianza existente entre las naciones, y que constituye un obstáculo a la coexistencia pacífica». Los Primeros Ministros se felicitaban «de las proposiciones relativas a una *Conferencia cumbre*» e indicaban cómo «todos los progresos que se realicen con vistas al desarme y al aflojamiento de las tensiones mundiales abrirán el camino a la adopción de otras medidas y a otros progresos en el terreno del desarme»⁷.

Si bien no olvidando lo que Macmillan aseguraba en la Cámara de los Comunes, el 11 de marzo: la Conferencia cumbre no es un fin en sí mismo. «El fin que perseguimos es el acuerdo.»

III. Nueva concepción del desarme.

Tras la anotación—en rápido escorzo—de las variadísimas vibraciones registradas alrededor del complejo asunto del desarme, importa mucho hacer un balance.

Y, siguiendo los jalones esenciales de la trayectoria, asistimos a un aleccionador proceso, en el que el vértice culminante viene suministrado por el cambio en el enfoque de la cuestión.

Efectivamente.

Hasta la primavera de 1955—estamos utilizando conceptos de Walter Lippmann—, el punto fundamental en materia de desarme era que las naciones debían desarmarse hasta el punto en que serían incapaces de realizar una guerra de agresión. «Se suponía que habría paz cuando nadie tuviera el poder necesario para hacer una guerra. Durante todo el tiempo en que ésta era la idea principal, las conversaciones sobre el desarme no tuvieron ninguna ventaja.»

Ahora, la idea es muy diferente. «Les decimos a los soviets, y en cierta medida ellos están de acuerdo, que en estos momentos nos proponemos el desarme. Nuestra proposición es que conservemos los armamentos, incluyendo las bombas atómicas, y que lo que deseamos de la Unión Soviética

⁷ V. "Indiagram", 13 marzo 1958.

tica, y estamos preparados para hacerlo también nosotros, es la publicidad acerca de donde se hallan tales armamentos. Lo que pedimos no es la abolición de los mismos, ni siquiera su reducción, sino que se haga imposible el uso de las armas para un ataque por sorpresa. No pensamos sobre el desarme en sí, sino del despliegue y de la movilización.»

La nueva concepción no parte del principio de que debe existir un desarme, sino que—por el contrario, se supone que es necesario mantener un equilibrio⁸.

En el verano de 1955 se ofrecía una ingeniosa y realista pintura del nuevo panorama. Citemos los pasajes de mayor valor: «La falacia del concepto con el cual hemos venido especulando es suponer que exista algo como el desarme absoluto; es decir, una cosa que haga imposible la guerra. Nos queda la alternativa de reconocer que los armamentos de cada nación lo son en relación con los armamentos de su rival o de su adversario, sin importar que las fuerzas militares sean muy grandes o pequeñas.»

Pero aclaremos esta línea argumental: «El verdadero objetivo no es el de privar a las naciones de su capacidad de hacer la guerra. Los hombres pueden pelear incluso a palos. El verdadero fin es el de hacer improbable una guerra victoriosa, que deje beneficios, y, de este modo, inhibir el deseo de iniciar una guerra.»

Claro es que, como consignaba el *columnista* norteamericano W. Lippmann, «las guerras pueden hacerse siempre». «Habrán hombres dispuestos a luchar, partidarios de la guerra. Pero lo que les detendrá no es ciertamente la idea de que cada uno está más o menos armado, sino la seguridad de que carecen de esperanza alguna para ganar una guerra»⁹.

En resumen, a la vista del gran poder destructivo de las armas modernas y del equilibrio de fuerzas a que han llegado las superpotencias, resulta incuestionable que una victoria provechosa solamente cabe concebirla con un golpe brutal de sorpresa¹⁰.

Esto nos conduce rectilíneamente a una aseveración: lo que el universo contemporáneo necesita no es un sistema de inspección para ver si se reducen o no los armamentos, sino únicamente un sistema rápido de alarma.

⁸ Vid. Walter Lippmann, *La nueva concepción del desarme*, "Heraldo de Aragón", Zaragoza, 24 septiembre 1958, p. 8.

⁹ V. el artículo *Existe la impresión de que Rusia desearía hablar sobre armamentos*, aparecido en la Prensa española en julio de 1955.

¹⁰ Roscoe Drummond, *El problema del desarme es ahora más difícil de lo que fué antes*, "Heraldo de Aragón", 3 diciembre 1955, p. 12.

No hay que extrañarse de tales asertos. El adelanto de la ciencia termónuclear y de las armas del presente ha sido tan grande que las soluciones propuestas entre 1946 y 1955 carecen de validez en los momentos actuales.

La realidad es que el volumen de la producción en gran escala de armas de hidrógeno, tanto en Rusia como en los Estados Unidos, ha alcanzado tal magnitud que no existe método conocido capaz de servir para garantizar su destrucción. Y, conjuntamente, su poder aparece como cosa tan aniquiladora que ha llevado al convencimiento de que la única forma de emplearlas es un ataque por sorpresa.

Esas son las causas por las cuales, tanto Moscú como Washington han propuesto un método de inspección dirigido contra ese tipo de ataque:

«Factor sorpresa» y zonas.

Pues bien; de lo antedicho se deduce una evidencia: al tema más tradicional de la limitación de los armamentos se ha unido una nueva cuestión, la de las medidas a adoptar, a fin de impedir, o de reducir, el peligro de un ataque en masa y por sorpresa.

Nos encontramos frente a las proposiciones de zonas de inspección desde tierra o desde el aire.

Dado el carácter de este trabajo, baste recordar que el 30 de abril de 1957 la Unión Soviética sugería el establecimiento de un área de inspección englobando a Europa, a Siberia, a Alaska y a una gran parte del Oeste de los Estados Unidos.

El 2 de agosto, los norteamericanos, después de varias semanas de entrevistas con los Estados de la Alianza occidental, presentaron oficialmente un plan caracterizado por estas notas: 1.^a Si la U. R. S. S. quería aceptar una *zona de conjunto* en la que se comprendieran toda la América del Norte, a partir de la frontera mejicana, y toda la Unión Soviética, o una zona polar integrada por el territorio situado en el interior del Círculo ártico más Alaska, Kamchatka, los Kuriles y las Aleutianas, los occidentales consentirían en una *zona europea*, extendiéndose, poco más o menos, del Océano Atlántico a los Montes Urales. De momento, podría servir una zona europea más restringida hasta que fuese abarcada una parte importante de la U. R. S. S.

Y es buen lugar para indicar cómo la proposición occidental exponía en detalle que la inspección terrestre supondría puestos de control sobre

los terrenos de aviación—cláusula que en el ofrecimiento ruso del 30 de abril había sido *remitida* hasta la segunda etapa de la reducción de los armamentos—. Idénticamente se precisaba que serían constituidos equipos móviles de inspección terrestre y que el sistema inicial de inspección aérea contra los ataques por sorpresa podría extenderse por un acuerdo entre todos los interesados.

Medítese sobre los integrantes de tal programa: algunos poseen categoría de símbolos.

De Rapacki a Aron.

Pero en este capítulo fijese el interés, paralelamente, en otras modalidades producto de un espíritu afín.

El lector ha de conocer por su propia cuenta el *Plan Rapacki*, propuesto—en una sesión de las Naciones Unidas, el 2 de octubre—, por el Ministro polaco de Asuntos Exteriores, Adam Rapacki¹¹, y dirigido a la prohibición de la manufactura y del almacenamiento de armas nucleares en las dos Alemanias, Polonia y Checoslovaquia. Es sabido que la idea era recogida por el *Premier* Bulganin en una serie de cartas y proposiciones diplomáticas enviadas al tiempo de la reunión de la N. A. T. O. en París. Bulganin sugería que el Plan podía ampliarse: a Italia, a los países escandinavos...

Gromyko—en enero—y Kruschev—en un discurso en Minsk—manifestaban su apoyo al Plan polaco¹².

Rechazándolo, los Gobiernos occidentales sentaban una tesis: la retirada de las fuerzas americanas—prevista por el Plan—y una Alemania Occidental armada sólo con material *convencional* dejaría a la Unión Soviética—aun con la retirada de ésta a sus fronteras—como el único poder *nuclear* en Europa¹³.

¹¹ Empero estamos ante diversidad de Planes: el de Sir Anthony Eden, ya mentado; el de Mr. Healey (*A Neutral Belt in Europe?*, "Fabian Society", Londres); el de Gaitskell (V. "Commonwealth Survey", 4 marzo 1958, p. 213).

¹² El 14 de febrero, Rapacki enviaba notas a los Gobiernos de Bélgica, Canadá, Dinamarca, los Estados Unidos, Francia, el Reino Unido y la Unión Soviética, junto a un Memorandum sobre una zona desatomizada en la Europa Central. Vid. los puntos principales del Plan en "Commonwealth Survey", 4 marzo 1958, ps. 214-215; las reacciones en Occidente, en ps. 216-217; y el apoyo soviético al Plan, en p. 216.

¹³ Desde luego, la articulación de este Plan serviría para impulsar los designios

El interés de Moscú por este extremo se percibía en el comunicado conjunto de las conversaciones Rapacki-Gromyko, publicado en Moscú el 2 de febrero, en el que se expresaba su acuerdo sobre la posibilidad de un sistema de control para el *área desatomizada*¹⁴.

* * *

A primera vista, la teoría de la zona neutra es seductora. Pero cuando se examina de cerca su trasfondo, la vemos plétórica de dificultades. Reducida la cuestión a unas pocas palabras, es lo siguiente: una zona neutra corre el riesgo de convertirse en una especie de *coto* cerrado donde toda eventual intervención de los soviéticos iba a poner al Occidente ante la temible coyuntura de tener que escoger entre *todo o nada*¹⁵.

* * *

Por eso quedaría incompleto este esbozo si no hiciéramos una alusión a otras facetas del mismo asunto.

Sabido es que en el curso de seis conferencias pronunciadas en la B. B. C. Mr. George F. Kennan preconizaba la desmilitarización de Alemania y de Europa, especialmente en el terreno nuclear, como contribución

soviéticos de debilitar la fuerza de la O. T. A. N., impidiendo la forja de una potencia nuclear en la Alemania Occidental. Pero en estas materias de la Política Internacional hay que saber huir de los *clisés* simplistas. Así, los polacos pueden tener motivos *proprios* en el lanzamiento de ese programa. Cabe, indudablemente, el miedo polaco al renacimiento de una Alemania Occidental militarizada. Pero también existe la posibilidad de pensar en la eventualidad de que bases americanas en suelo *federal* conduzcan a bases similares por parte rusa, bajo la égida del Pacto de Varsovia, en suelo polaco, con el resultado de un aumento de las fuerzas soviéticas en los parajes polacos—una situación probablemente no descada por el régimen ni ciertamente por la población—. Y, seguramente, la fuerte adhesión de Checoslovaquia está dictada en buena parte por la aversión a tener bases nucleares y personal militar introducidos en el país por una decisión de la jerarquía militar del Pacto de Varsovia. Vid. *Rapacki Plan Stressed*, "East Europe", febrero 1958, p. 37.

¹⁴ Cons. *Rapacki Plan Receives Setbacks*, "East Europe", marzo 1958, p. 42.

Por más que Rapacki hiciera en Radio Varsovia, el 14 de diciembre, una declaración en la que sostenía: "Sería un serio error, hasta una deliberada obstrucción a todo progreso, el que hiciéramos depender la realización de la proposición referente a la creación de una zona no-atómica, de la consecución de un acuerdo sobre otros problemas relacionados con el desarme en Europa o el desarme en general."

¹⁵ Cons. Charles Mott-Radclyffe. *Essays toujours*, "Occident", abril 1958, p. 38.

esencial a la *détente* internacional y al arreglo del problema de los Estados satélites¹⁶. Su dialéctica suscitaba un amplio debate¹⁷. Se imponía en toda su intensidad el tema *Europa, las armas atómicas y Moscú*. Recuérdese que hace años Walter Lippmann defendía la creación de una faja neutral europea. (V. *El cinturón amortiguador*, 21 de febrero de 1949).

Tráigase a la memoria el Plan Eden. No olvidemos cómo Gaitskell invitaba al Gobierno Eden a sondear las reacciones del Kremlin respecto a la idea de la creación en Europa de una «vasta zona de neutralidad, garantizada por un pacto de seguridad». Adviértase que Mikoyan preconizaba en abril del año pasado, antes de salir de Austria, la adopción del Plan Eden. (Cons. «Le Figaro», 29 abril 1957, p. 13.)

Como síntomas, tenemos bastante.

Sucede lo que ha escrito R. Aron: «Poco importa que uno de los campos pueda destruir el otro cuatro veces si éste último puede destruir al primero una vez. Y este equilibrio exige que jamás los dirigentes de uno de los campos tengan la ilusión de que les es posible una guerra y una victoria unilaterales.»

Pero la pregunta que hacemos, con Aron, es ésta: ¿cuál será la diplomacia de un mundo donde la guerra total sería un suicidio común y donde toda guerra entre potencias atómicas corre el riesgo de convertirse en total?

De ahí lo lógica de sus respuestas—en su proceso dialéctico, se entiende—: «A largo plazo, estoy de acuerdo con G. F. Kennan en no ver otra ocasión de liberación pacífica de la Europa Oriental y de un apaciguamiento verdadero de toda Europa que la doble evacuación, la evacuación de Europa por los rusos y por los americanos. Pero en este punto—y es un punto decisivo—me separo del ex Embajador estadounidense en Moscú. Este concibe a la Europa evacuada desprovista de armamentos atómicos. Yo la concibo provista de armamentos atómicos»¹⁸.

Pero téngase en cuenta que la neutralidad jamás ha sido fundada sobre la igualdad militar entre el pequeño país neutral y las grandes potencias,

¹⁶ Vid. *Russia, the Atom and the West*, Oxford University Press; y C. Barcia Trelles, *El ayer, el hoy y el mañana internacionales*, "Revista de Estudios Políticos", enero-febrero 1958, ps. 142-152 (*George F. Kennan ante la B.B.C.*).

¹⁷ Es suficiente con leer la condena recaída sobre Mr. Kennan por diecisiete personalidades americanas—entre ellas, un ex-Alto Comisario en Alemania—. Vid. "Neue Zürcher Zeitung", 26 enero 1958.

¹⁸ V. *Answer to George Kennan*, "Western World", febrero 1958, ps. 13-17.

sino sobre la desproporción entre el coste y el beneficio de la invasión. Un pequeño armamento atómico puede constituir tal desproporción. (Dejando aparte el problema de una sedicente neutralidad europea por encima de la cual flotan incertidumbres e interrogantes).

Ahora bien; poner fin a la división de Europa exigirá una lenta evolución. No se podrá llegar a la solución más que si se cumple una de estas condiciones: o desaparición, en alto grado, del miedo y de la desconfianza entre Estados Unidos y Rusia; o un progreso tal en la ciencia militar que pierda todo interés, la posesión de los territorios y de los recursos industriales de las *zonas marginales*¹⁹.

IV. *La atención a las pruebas nucleares.*

Y si ha de hacerse un intento para romper con el *punto muerto* en el desarme, bien cabe pensar—como ha sugerido Mr. Gaitskell—en tomar el perfil en que es menor la diferencia entre Rusia y el Occidente: en el de la suspensión de las pruebas nucleares. (Note el lector que tal estimación ha sido explayada en el mes de febrero en la Cámara de los Comunes.)

No tenemos posibilidad de registrar toda la acumulación de valoraciones acerca de este extremo. Para algunos hombres²⁰ y para algunos Gobiernos tal tema casi íntegra una obsesión.

Entidad de un movimiento «en contra».

Obsérvese que en 1954 la India proponía formalmente un Acuerdo de cese en las explosiones experimentales y la difusión de detalles sobre los efectos conocidos y probables de esta clase de radiaciones.

Poco después, el Consejo de Tutela se encontraba con una petición emanada del Territorio del Pacífico bajo el fideicomiso de los Estados Unidos.

¹⁹ Vid. John Midgley, *Que veut l'Ouest?*, "Occident", abril 1958, p. 20.

²⁰ Ahí está el mensaje del doctor Schweitzer, dirigido al Comité del Premio Nobel de la Paz, haciendo un llamamiento a todos para que insistan ante sus Gobiernos respectivos en que se ponga coto a los ensayos con armas atómicas, sin tener en cuenta las razones, las necesidades y los propósitos de tales pruebas. El distinguido médico misionero sostuvo que deben pararse las explosiones atómicas en seguida, porque amenazan "nuestra salud y la de nuestros descendientes". Vid. claras admoniciones sobre las expresiones de Schweitzer a cargo de Roscoe Drummond, *¿Conoce los hechos el doctor Schweitzer?*, "Heraldo de Aragón", 7 mayo 1957, p. 15.

refiriéndose a los perjuicios sufridos por los habitantes, como consecuencia de las experiencias de las armas nucleares efectuadas por Norteamérica.

La cuestión atraía un notable interés. Recordemos que en la Conferencia internacional sobre la utilización pacífica de la energía atómica, en 1955, más de cien—es decir, alrededor de una décima parte—de las comunicaciones presentadas trataban algún aspecto de la cuestión del peligro de las radiaciones.

En la Conferencia de Bandung, de abril de 1955, Nehru deseaba que se emprendiese un estudio completo sobre los efectos de las radiaciones procedentes de las experiencias de armas nucleares y termonucleares hechas en medio del océano.

La X Asamblea de la O.N.U. adoptaba una resolución sobre la constitución de un Comité Científico permanente de quince miembros (Argentina, Australia, Bélgica, Brasil, Canadá, Checoslovaquia, Egipto, Estados Unidos, Francia, India, Japón, Méjico, Reino Unido, Suecia y la U. R. S. S.) con la misión de estudiar los efectos de las radiaciones atómicas.

No se imagine que la tarea del Comité iba a ser fácil. Por lo pronto, ahí queda en pie el asunto de las opiniones divergentes acerca de la cantidad de radiaciones susceptible de afectar de manera permanente no sólo a las personas directamente alcanzadas, sino a sus hijos y descendientes (informes del *Medical Research Council* de Gran Bretaña; de la *National Academy of Sciences* de los Estados Unidos—alarmada—; del Ministerio de Información de la India; etc.).

Posiciones encontradas.

Si nos fijamos en los primeros meses de 1957, percibimos que las dos superpotencias se encontraban alejadas una de otra.

Una prueba esclarecedora la suministraban los ensayos de ingenios interplanetarios y de satélites. Respecto a esto, los estadounidenses proponían que se llevasen a cabo «en el cuadro de una inspección y de una colaboración internacionales», como primera etapa, «a objeto de asegurar que los progresos de la Ciencia en el dominio intersideral sirvieron exclusivamente a fines pacíficos y científicos». Ofrecimiento que pronto era rechazado. Los rusos indicaban que «el Kremlin tenía que contar con los ingenios de largo alcance, porque carecía de bases próximas a los Estados Unidos para contentarse con sus ingenios de pequeño y de medio alcance».

«Mientras que los Estados Unidos tendrían la posibilidad de golpear a la Unión Soviética sin usar los ingenios intercontinentales». Ante eso, «el equilibrio estratégico Este-Oeste estaría comprometido». Así opinaba Kuznetsov.

En lo tocante al problema del desarme nuclear, la U. R. S. S. proponía la prohibición absoluta de las armas atómicas y nucleares, con inclusión del cese de la producción y de la destrucción de los *stocks* existentes. Parejamente, sugería el fin de las pruebas como primer paso hacia un desarme nuclear, sosteniendo que podría ser inmediatamente ejecutorio, ya que ninguna explosión de bomba atómica o de hidrógeno puede, en las condiciones presentes, efectuarse sin ser registrada en los otros países. (Aunque este punto de vista fuese refutado por las potencias occidentales; de modo singular, por Jules Moch, de Francia, quien ha declarado que una pequeña explosión atómica del tipo del millar de toneladas o una explosión termónuclear muy fuerte a grandes profundidades submarinas podrían escapar a la detección).

Los Estados Unidos, en lugar de una prohibición inmediata de las experiencias nucleares insistían en que se fuese tras un acuerdo en virtud del cual toda la producción futura de materias *fisibles* sería utilizada o almacenada exclusivamente para fines distintos a la fabricación de armamentos—en una fecha cercana y bajo una inspección internacional eficaz—. Creyéndose que una vez controlada la producción futura de materias *fisibles*, la anterior producción podría ser evaluada con una precisión suficiente para asignar la transferencia proporcional de los *stocks* existentes de ingenios a los usos pacíficos bajo un control internacional. Cumplida esa exigencia preliminar, los Estados Unidos enfocarían la posibilidad de una limitación y, eventualmente, la proscripción total de las pruebas.

En espera de tal acuerdo, Washington consentía en elaborar los métodos de preaviso, de registro y de control internacional limitado para todas las experiencias atómicas del porvenir. (Un proyecto de resolución incorporando la idea del registro, y sostenido por Canadá, Japón y Noruega, figuraba entre los documentos enviados por el primer Comité a la Comisión de Desarme).

* * *

En todo caso, destaquemos que las primeras proposiciones presentadas por los occidentales en el Subcomité de Desarme, en 1957, ofrecían en esencia: un cambio de información en torno al número de ensayos recientes,

con el fin de establecer si podían acusarse a larga distancia; la inmediata inscripción previa de todas las pruebas a efectuar; y el cese de la producción de materias *fisibles* de uso militar, un mes después de la instalación de un sistema de inspección.

El 14 de junio, el delegado soviético en tal organismo—Zorin—hizo una concesión, introduciendo una cláusula de control de las pruebas nucleares en una proposición de suspensión por dos o tres años. Una Agencia internacional verificaría la observancia de la prohibición de las pruebas, a través de puestos de control en el Reino Unido, en la U. R. S. S., en los Estados Unidos y en la zona del Pacífico.

El 3 de julio, los Estados Unidos proponían oficialmente una suspensión de las pruebas nucleares por diez meses, a título de ensayo y siempre que la Unión Soviética estuviese de acuerdo para detener la fabricación de las armas nucleares un mes después del establecimiento del sistema de inspección internacional. Los pormenores de éste se elaborarían durante la fase de suspensión de diez meses. Al mismo tiempo, Washington ofrecía comenzar el paso de las materias *fisibles* almacenadas en los depósitos de municiones a los usos pacíficos, desde el momento en que hubiese cesado la fabricación de ingenios nucleares, y ello sobre la base del 53 por 100 por los Estados Unidos y del 47 por la Unión Soviética.

La respuesta rusa llegó el 8 de julio: Zorin declaró que la U. R. S. S. aceptaba la prohibición de la fabricación de las armas nucleares, a base únicamente de la renuncia previa a su utilización. Tal posición resultaba inaceptable para los occidentales, puesto que implicaba la desaparición de la amenaza atómica sobre la cual se hallaba edificada la defensa estratégica del Oeste.

El representante ruso criticó asimismo el período de ensayo de diez meses y reiteró la oferta soviética de una suspensión de dos o tres años. Una rigidez menor se apreciaba en la postura soviética, tras haber insistido los Estados Unidos en la circunstancia de que sólo sería aceptable el período más corto. El 12 de ese mes, Zorin hacía conocer que Moscú consentía en negociar acerca de los plazos previstos.

Ahora bien; en este asunto conviene señalar la existencia de fuertes presiones para llevar a buen término la suspensión de las pruebas nucleares. Citemos la demanda de Checoslovaquia para que la Asamblea de las Naciones Unidas estudiase los efectos de las radiaciones atómicas; y la de Bélgica en pro de la elaboración de una campaña de información destinada a poner en guardia a las poblaciones del mundo entero contra los peligros

de la carrera de armamentos, y más particularmente sobre los efectos destructores de las armas nucleares.

* * *

Y hoy día nos hallamos ante la decisión unilateral rusa de suspender sus pruebas nucleares. «Habiendo cesado en las experiencias de armas atómicas y de hidrógeno—venía a declarar un comunicado de la Agencia Tass difundido el 1.º de abril—, la Unión Soviética es la primera en haber marcado el principio del cese general de las experiencias nucleares y de haber abierto el camino que permitirá el evitar a la Humanidad la amenaza de una guerra atómica de exterminación.»

La respuesta estadounidense—a través de la contestación de Eisenhower a Kruschev, el 8 de abril—tenía su concreción esencial en la cuestión de siempre: si la limitación o la suspensión de los ensayos debe ser objeto de un acuerdo, deben ser preparados de antemano los planes sobre un control internacional.

Se halla en lo cierto el Presidente norteamericano cuando asegura que el fondo del problema no reside en la simple cuestión de las experiencias de las armas nucleares, sino en esas armas...

Pero no estaría de más, como lo ha pedido el «Times» de Londres, una declaración de intenciones del Occidente. Washington y Londres «podrán decir, al menos, que si sus próximos ensayos se ven coronados por el éxito, se interrumpirán por un período indefinido o por un período limitado...» «Una declaración de intenciones de ese carácter, en tres etapas—suspensión de los ensayos, inspección contra la infracción y control de la producción como objetivo final—», evidenciaría en grado sumo el interés que el Occidente presta a tal carrera...²¹.

V. *El desarme y el ambiente actual.*

Mas, si en la hora actual es una realidad el deseo de desarme, compartido por los Gobierno y por los pueblos, no resulta menos cierto que las dificultades a vencer son enormes. J. de Soto ha hablado de dificultades políticas (desconfianza), técnicas, de técnica jurídica, conceptuales, etc.

²¹. Para algunas particularidades de *última hora* del problema de desarme, vid. "Commonwealth Survey", 18 marzo 1958, ps. 265-267.

Bien recientes están las advertencias lanzadas por el Dr. Öppenheimer —director del Instituto de Altos Estudios de la Universidad de Princeton—, el 15 de abril: nuevos descubrimientos, imprevisibles, pueden hacerse tan rápidamente, que en diez años quedaría sin efecto un acuerdo concluído en el terreno del desarme²².

En otra faceta del asunto se denuncian las tácticas soviéticas de alternar las declaraciones de propaganda pacífica con las intimidaciones por la amenaza de ataque nuclear. (Vid. el punto 11 del comunicado de la reunión de jefes de Gobierno de la N. A. T. O., de finales de 1957).

Por supuesto, damos la razón al profesor Aguilar Navarro, cuando mantiene que «hoy el desarme es la pieza clave de cualquier imaginable sistema de paz», a través de la fórmula *no cabe el desarme sin la previa seguridad*²³.

¿*Seguridad-desarme* o *desarme-seguridad*?: ¡interesante cuestión!

Empero una evidencia insoslayable nos sale al paso de nuestro pensamiento: el mundo del presente no parece marchar a un *sistema de paz*.

Tal vez la médula real del problema anide en los pensamientos de Schwarzenberger: «Hasta el día en que los mundos occidental y oriental dejen de considerarse el uno al otro como el agresor potencial, la seguridad colectiva, tal como está prevista en la Carta de la O. N. U., deberá seguir como letra muerta»²⁴.

No poca verdad aprisionan los lineamientos trazados por L. B. Pearson: «La limitación de los armamentos es una causa que todos los hombres de buena voluntad pueden sostener, pero desconfiamos de las proposiciones cuyo efecto sería poco equitativo. Destaquemos, igualmente, que no puede existir eficaz desarme general antes de que hayan sido tomadas las medidas de seguridad y de que reine la confianza entre las partes *en causa*»²⁵.

¡*La seguridad!* ¡*La aspiración más viva de los contemporáneos!*, podemos decir con el Romano Pontífice. (Vid. su Mensaje de Navidad de 1956).

²² V. detalles en "Le Monde", 17 abril 1958, p. 8, c. 4.

²³ Cons. *Reconstrucción del Orden internacional*, "Anales de la Universidad Hispalense", 1956, p. 52.

²⁴ El desarme universal no milita en contra de la seguridad colectiva. Antes al contrario, el desarme universal aumentaría, de modo inconmensurable, la posibilidad de la seguridad colectiva. Acerca de esta relación, cons. B. V. Cohen, *Disarmament and International Law*, cit. ant., p. 835.

²⁵ *Après Genève: une grande tâche pour l'OTAN*, OTAN, Information. Serie de "Discours", núm. 70, p. 8.

El Libro blanco británico toca el núcleo de este problema: *la confianza internacional*²⁶. Pero no puede haber tal confianza, o paz, en tanto que continúe la carrera de armamentos...

El problema de la confianza.

La desconfianza es un elemento indubitable e indubitado del vivir de nuestra hora.

Aquí no debe haber motivo para la sorpresa. Una buena porción de la situación la ha compendiado Roscoe Drummond, con estas palabras: «Estoy convencido de que los soviets no tienen intención de buscar el arreglo de los desacuerdos principales con el Oeste, comprendido el de la unificación de Alemania. Lo que quieren es proseguir la *guerra fría*, bajando el nivel de las fuerzas militares, tanto del Este como del Oeste, y, por consiguiente, con menores gastos para ellos».

Y asistimos a verdaderas posiciones de confianza.

Un «Bulletin d'information du Comte de Paris» resume el razonamiento occidental de la siguiente manera: «No pensamos, no hemos pensado jamás, desde hace diez años, que los soviets mediten una guerra abierta contra el Occidente: están demasiado convencidos de que el tiempo y la paz trabajan para ellos». Pero se puede temer de su parte «un ataque de locura» si se creen invulnerables. Es preciso, pues, que se sepan expuestos a «represalias atómicas inmediatas» (26 diciembre 1957).

Mas un ruso, leyendo estas líneas, pensará: «El capitalismo occidental se sabe vencido si dura la paz. El medita una guerra preventiva. Así, es preciso que conozca que nuestros proyectiles lo aplastarán cinco minutos antes de que nos alcancen los suyos».

A una desconfianza, otra desconfianza...

Y, circundados por ese ambiente espiritual, ¡cuántos son los que piensan como Pozzo di Borgo: «El desarme general sería un bien para el conjunto de la Humanidad. Pero el bloque que destruya sus bombas diez minutos antes que el otro se expondrá a la servidumbre o a la muerte. Hasta ahora, nadie ha definido un programa de desarme cuya ejecución redujese igualmente, a cada minuto, las fuerzas de los dos adversarios»²⁷.

²⁶ Sobre el Libro blanco británico, vid. "Commonwealth Survey", 18 febrero 1958. (*Desarme universal, en un mundo abierto, etc.*)

²⁷ Cons. Olivier Pozzo di Borgo, *Le quart d'heure de la raison*, "Le Monde", 12 abril 1958, p. 3.

Empero la desconfianza no se restringe a las relaciones U. S. A. *versus* U. R. S. S.

Ya a principios de 1957 R. Aron adelantaba algunos de los caracteres de la próxima fase de la vida internacional. Para él, ésta se vería dominada por dos hechos sin precedentes: el miedo que los dirigentes soviéticos tienen a los pueblos; y el miedo que los dirigentes americanos tienen a las bombas atómicas. (V. *Ni guerre froide ni détente*, «Le Figaro», 3 enero 1957, pp. 1 y 3.)

¿Los Estados Unidos se hallan sinceramente resueltos a la preservación del Berlín-Oeste al precio de la ruina de Chicago y de Nueva York?: he aquí una pregunta significativa. Era esgrimida por Aron a mediados del pasado año²⁸. Con la particularidad de que después del lanzamiento de los *sputniks*, R. Drummond ha suscitado el planteamiento de interrogaciones no menos trascendentales y de ese cariz²⁹.

Y se alude al aislacionismo estadounidense, que hoy no significa, como en los años *treintas*, una actitud infantil por parte americana de negarse a representar su papel en los asuntos mundiales, sino su deseo de llegar en Europa a una estabilización que un día permita a los ejércitos americanos—una vez cumplida su misión—regresar a su casa...

El control y el panorama mundial.

Resumiendo, íntimamente ligado al perfil de la confianza va el criterio del control internacional.

El Libro blanco inglés ha hablado de *desarme, amplia inspección y control por una autoridad mundial*.

En el punto 12 del comunicado de la reunión de los jefes de Gobierno de la O. T. A. N., de diciembre de 1957, se lee tajantemente: «Para ser efectivo, todo acuerdo de desarme implica adecuado control internacional». (Y la aceptación de tal control es la prueba de un verdadero deseo de paz.)

«Aceptar la inspección: he aquí el punto crucial que hay que superar y donde cada nación demostrará su sincera voluntad de paz.» De esta manera se expresaba Pío XII en el mentado Mensaje de Navidad de 1956³⁰.

²⁸ V. *L'OTAN et la bombe*, "Occident", junio de 1957, p. 14.

²⁹ Vid. *Defeat by Default*, "Western World", abril 1958, ps. 21-24.

³⁰ Subrayemos las interesantes notas aportadas por el Romano Pontífice acerca del progreso de la técnica en el caso de la inspección aérea. (Cons. este importante Radiomensaje en "Finis Terrae", la publicación trimestral de la Universidad Católica de Chile,

En todo caso, si se quiere conseguir algo, urge entrar en el meollo de la contemporánea existencia interestatal.

Agudos oteadores del panorama mundial vislumbran *el paso de un universo bipolar a una constelación policéntrica*.³¹ No es cuestión de entrar detalladamente en este punto. Basta con mencionarlo. Hay suficientes índices de tal movimiento.

Pero no se olvide que, dentro de esa urdimbre, se ofrece la singularidad del *duelo U. R. S. S.-EE. UU.* Walter Lippmann afirmaba en junio de 1957: *ni guerra ni acuerdo*. En febrero del año actual ha asegurado que nos hallamos en un «*impasse*» *militar y político*. «Les Echos» han advertido, no menos claramente: «Ninguno de los dos campos puede imponer al otro su voluntad»³².

A su vez, en el seno de ese círculo, aflora la noción de una eventual *entente* entre los dos *supergrandes*. (Vid. pensamientos insertos en la «Gazettede Lausanne», en «L'Echo d'Oran», etc.)³³.

Del mensaje de Kruschew a Macmillan—dado a conocer por la Agencia Tass el 8 de abril—extraemos algunos renglones: «Hoy no hay más

núm. 12.) Para otros aspectos de desarme y la Santa Sede, vid. el libro del padre Arès, sobre la Iglesia y la Organización internacional, y Laureano Pérez Mier, *Pío XII y el Derecho Público*, “Revista Española de Derecho Canónico”, enero-abril 1957, p. 36.

Aunque otros—Truman, por ejemplo—han manifestado ciertas aprensiones en torno a las negociaciones para el llamado *cielo abierto*. Mencionemos las apreciaciones del ex-Presidente norteamericano: “Me parece que desde las alturas, aun con los instrumentos más sensitivos del mundo, tan sólo podríamos ver aquello que nos permitieran los rusos. Mientras no tengamos inspección total e igual, tanto en la tierra como bajo ella, podemos muy bien encontrarnos en una situación en la cual lo más probable es que perdamos más de lo que ganemos.”

³¹ Vid. los artículos aparecidos bajo la rúbrica general de *The Decade Ahead. A Symposium on the World of 1957-1967*, en “New Republic”, 14 enero 1957; Walter Lippmann, *End of the Postwar World*, idem, 15 abril 1957, ps. 9-13; los trabajos de Geoffrey Barraclough, *The New Pattern*, de John Brōwn Mason, *Reflections on the Changing Nature of Current International Relations*, y de otros, insertos en el número de otoño de 1957 de “Confluence”, Harvard; y nuestros artículos *Derecho Internacional y totalización de la escena mundial*, aparecido—a mediados de 1957—en “Revista Española de Derecho Internacional”, Vol. IX, núms. 1-2, y *¿Fin del bipolarismo? ¿Una nueva organización internacional?*, en el volumen en homenaje a don Camilo Barcia Trelles.

³² Anotemos la predicción de Churchill el 1.º de marzo de 1955: una *etapa de saturación* en el acopio de armas de destrucción en masa.

³³ Vid. otro perfil en el dilema *pax americana o pax soviética o no habrá paz*. Por ejemplo, en el reciente estudio *La paix du dollar*, de André Kostolany, Plon, Colección “Tribune libre”

que tres potencias en posesión de las armas nucleares: la U. R. S. S., los Estados Unidos y la Gran Bretaña. Esto hace relativamente fácil la conclusión de un acuerdo sobre el cese de las experiencias atómicas. Si ahora no se realiza el acuerdo, pronto otros países podrán producir armas atómicas, lo que—evidentemente—hará todavía más difícil la conclusión de acuerdos sobre el cese de las experiencias.»

¿En qué intención se nutren esos pensamientos?

Piénsese que algunos *realistas* han valorado con poco optimismo los cambios entrevistos en la segunda internacional. En esta dirección se sitúa Hans J. Morgenthau. «La potencia atómica—ha señalado el profesor de Chicago—distribuída entre una serie de naciones está destinada a convertirse en una fuente de inseguridad sin precedentes, si no de pánico...» «Comparada con la anarquía y la violencia limitada que puede venir, la primera década de la era atómica puede aparecer, en perspectiva, como una especie de edad de oro, en la que el *punto muerto* atómico entre las dos superpotencias garantizó una difícil paz atómica y se encaminó, al menos, hacia una semejanza de orden internacional.»

Difícil equilibrio y condiciones para «un» desarme.

Y en el enfrentamiento con los fundamentos del desarme hay que aprehender la cordura del aserto del citado Libro blanco del Gobierno de Londres: «La paz del mundo se mantiene difícilmente por un equilibrio de armamentos—en parte convencionales, en parte nucleares—.» Esta evidencia no requiere grandes aclaraciones.

Parejamente, en el tanteo de soluciones para esta sombrío panorama, se impone conceder atención a otros términos. Parece que Moscú se inquieta con la idea de que Inglaterra y otras naciones de la O. T. A. N. puedan poseer proyectiles susceptibles de golpear a la Unión Soviética en puntos neurálgicos. Y, al mismo tiempo, se reconoce la existencia de serias dificultades rusas (pérdida de autoridad *absoluta* sobre los partidos comunistas, tendencias nacionalistas en toda la órbita, etc.) y el deseo de preservar el bien precioso de su industria.

Partiendo de esos hechos es como se han de intentar los ensayos pertinentes, dosificando—armónicamente—el pro y el contra de las cosas. Se quiera o no se quiera, hay que actuar en presencia del *poder*.

Así nos explicaremos la cautela contenida en las *exigencias mínimas de un desarme efectivo*. Analicemos, como ejemplo, las reflexiones de Drum-

mond: 1.^a Las negociaciones sobre el desarme serán coronadas por el éxito, si no hay victoria—diplomática o militar—de un campo sobre otro. 2.^a Debemos oponernos con todas nuestras fuerzas a un acuerdo relativo a la reducción de armamentos cuya aplicación no se haga de manera controlable, continua y sin veto. 3.^a Los elementos de un comienzo de ejecución de armamentos deben ser: a) apertura de una zona importante—con ciertas bases americanas y soviéticas—a las inspecciones terrestre y aérea, a fin de demostrar que son eficaces; b) reducción o aun prohibición de los ensayos de bombas de hidrógeno; c) reducción equitativa de las armas convencionales; d) limitación aceptable del empleo de las materias *fisibles* para destinos militares³⁴.

O examinemos las representativas condiciones para un desarme efectivo, según las ve Thomas K. Finletter: 1.^a Una gran idea. Un plan general contra todas las causas esenciales de tensión entre el mundo comunista y el mundo no-comunista. 2.^a Una proposición completa y detallada, combinando el método progresivo y el concepto del desarme total, y teniendo presente que el desarme es un asunto mundial³⁵.

¡Grandes ideas, verdaderamente! Mucho es lo que exige el problema: elasticidad mental, agilidad intelectual, voluntad y tesón.

¡Es tanta la *puesta* que se juega!

Ahí tenemos las apreciaciones del Presidente Eisenhower: «Si se pudiera llegar a un acuerdo sobre el desarme, imaginad cómo sería transformado el mundo. La energía atómica, utilizada para la paz y no para la guerra, podría provocar el nacimiento de una nueva era industrial. La energía humana podría ser más utilizada contra el pauperismo y la miseria»³⁶.

Justamente, ¡qué maravilla si fuera dable vivir a la sombra de la concordia³⁷! Pero eso queda en el dominio de los deseos, de las aspiraciones y de las esperanzas.

A fin de cuentas, recordemos—con L. B. Pearson (en *Foreign Affairs*) de octubre de 1955)—que aun siendo reducidos los armamentos, acrecenta-

³⁴ V. *Désarmement: pas de bombes ou davantage de bombes*, "Occident", julio 1957, páginas 23-24.

³⁵ Cons. *Un système condamné*, "Occident", abril 1958, ps. 35-36.

³⁶ Vid. la alocución pronunciada ante la Sociedad americana de editores de diarios (Washington, 21 abril 1956), en OTAN, Information, Serie de "Discours", núm. 76, p. 7.

³⁷ Lo cierto es que se ha reaccionado contra el *aspecto tradicional y negativo* del desarme. A mediados de 1955, Edgar Faure—a la sazón, Presidente del Consejo de Francia—advertía que *el desarme no es un fenómeno de interés puramente material*.

LEANDRO RUBIO GARCÍA

da la seguridad, «todavía existirán ciertos conflictos fundamentales entre los mundos comunista y no-comunista.» «La tarea del hombre de Estado continuará incambiada: resolver estos conflictos sin desencadenar una guerra...»

24 de abril de 1958.